

IMPACTO

Trayendo la fe a la vida. Encontrando vida en la fe.

Abre tus oídos.

"Este es mi hijo amado en quien me complazco; escúchenle".

Escucha. Comenzamos la temporada de Cuaresma en el desierto con Jesús. Allí, Jesús enfrenta la tentación y nos muestra cómo evitar el pecado manteniéndonos enfocados en Dios y en los caminos de Dios. Desde el desierto, vamos a una montaña alta, donde escuchamos la voz de Dios que nos insta a escuchar a Jesús.

Ora. Durante la Cuaresma, reservamos tiempo para orar, tiempo para escuchar a Dios y buscar en nuestra vida en respuesta a la presencia amorosa de Dios. Cristo nos habla con palabras y sacramentos, a través de relaciones amorosas, en tiempos alegres y desafiantes. Debemos estar listos para escuchar.

Reflexiona. ¿Cuál es tu desierto? ¿Qué te tienta? ¿De qué necesitas alejarte para escuchar al Señor con más atención y hacer un lugar más grande para Jesús en tu vida?

Abre tu ojos.

Dios no ve lo que ve el hombre, porque el hombre ve la apariencia, pero el SEÑOR mira el corazón.

Ve. Durante la Cuaresma, estamos invitados a abrir los ojos, a prestar atención a la gracia de Dios en medio de nosotros y a ver las necesidades de los demás. En el evangelio que escuchamos el cuarto domingo de Cuaresma, Bartimeo no pidió ser sanado. Jesús vio su necesidad y se acercó a él. Como resultado, el hombre que nació ciego podía ver, pero quienes lo rodeaban estaban ciegos a la verdad de la Buena Nueva de Jesucristo. No podían creer lo que estaba delante de sus propios ojos. Podemos ver el rostro de Dios en los pobres y vulnerables, los ojos de un niño, el Cuerpo y la Sangre del Señor en la Eucaristía. Debemos estar listos para abrir



los ojos para percibir la presencia de Dios y ver a los demás a través de los ojos de Dios, como preciosos y maravillosos a su vista.

Ayuna. En la Cuaresma, ayunamos de una comida, bebida, tiempo de televisión o actividad favorita para experimentar más plenamente nuestra hambre de Dios y estar más dispuestos a vivir como personas santas de Dios en el mundo.

Reflexiona. ¿Con qué frecuencia no ves la bondad del amor de Dios? ¿De qué maneras podrías aceptar y compartir más plenamente la misericordia y el perdón que Cristo da libremente?

Abre tu corazón.

Si hoy escuchas su voz, que tus oídos no se endurezcan.

Siente. La Cuaresma es un tiempo para abrir nuestros corazones a Cristo, arriesgarnos a confiar en Dios y permitir que Jesús nos cambie. Al principio, la mujer samaritana no entendió lo que le estaba sucediendo mientras hablaba con el Señor en el pozo. Sin embargo, ella no escapó y abrió su corazón a Cristo. No sólo su corazón se conmovió y su vida cambió, también la gente de su pueblo a quien le contó sobre su encuentro con Jesús.

Da. Durante la Cuaresma, damos nuestro tiempo, dinero y apoyo a los pobres, solitarios, enfermos, en prisión, los más vulnerables entre nosotros. Compartimos nuestra fe en Jesús y el impacto de nuestra fe en palabras y hechos, con amigos, familiares, y especialmente con aquellos a quienes nos acercamos en caridad esta temporada.

Reflexiona. ¿Cómo abrirías tu corazón para encontrarte con Jesús en esta Cuaresma? ¿Quién necesita conocer el amor y la misericordia de Cristo a través de tu dar y compartir? ¿Cómo puedes ir más allá de ti mismo, de ti misma en cuidado, compasión y caridad?

1. Abre tus ojos.

Ayuna de algo que te distraiga para ver la bondad y la belleza presentes en las personas que amas, en los sacramentos y en toda la creación. Medita en tu hambre por Dios y el misterio del amor de Cristo por ti y por todos.

2. Abre tus oídos.

Pasa tiempo en oración. Comparte las profundidades de tu corazón con Dios. Escuche al Señor en las Sagradas Escrituras, la Eucaristía, y en una tranquila reflexión. Pídele a Dios que te ayude a ver tus fallas claramente. Busca el perdón a través del Sacramento de la Reconciliación.

3. Abre tu corazón.

Haz una promesa de dar a los necesitados de manera especial esta temporada. Si es posible, participa activamente en el servicio o ministerio, además de dar dinero o bienes materiales. Comparte el impacto de tu fe en Jesús a través de palabras y obras.

Impacta
este
mes

“He llegado a creer que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el único que viene al mundo”.

“Marta, Marta”, bromeaba con frecuencia un profesor cuando llegaba apresurada a una clase que tenía a mediodía.

Entendí la referencia, y tal vez un poco demasiado como Marta, no podía ver más allá de los desafíos de mis días, equilibrando el ministerio parroquial con los estudios teológicos. Fue sólo mucho más tarde que decidí reflexionar sobre Marta y lo que podríamos aprender de ella. Sí, ella era la hermana que se apresuraba, ansiosa y preocupada por muchas cosas conforme cuidaba a Jesús y a los discípulos mientras que su hermana, María, se sentaba a los pies de Jesús. Ella también es a quien escuchamos el Quinto Domingo de Cuaresma, proclamando la fe en Jesús como el Cristo, la primera que dijo: “Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero incluso ahora sé que cualquier cosa que le pidas a Dios, Dios te la dará”. (Juan 11: 1-46)



Me parece que Marta comprendió que el Señor quería que ella fuera verdaderamente ella con él. Marta confiaba en Jesús, lo suficiente como para hablar honestamente con él. Otros podrían haber endulzado sus comentarios, pero Marta habló con su corazón, un corazón lleno de dolor por la muerte de su hermano; un corazón que también amaba y creía en Jesús.

Marta era una buena administradora de su tiempo y su fe. Ella confió en su relación con Jesús y con confianza en él, creció en su relación con el Señor y en su sentido de vocación, de ser quien fue llamada a ser.

Como resultado, debemos reflexionar sobre su jornada de fe en Jesús y su firme declaración de fe sobre la cual reflexionar.

Cada uno de nosotros tiene una vocación – un llamado y un propósito únicos en la vida. Aprendamos de Marta, confiemos firmemente en el Señor, seamos honestos con Dios en oración, y vivamos la misión de Cristo como sólo nosotros podemos hacerlo, como buenos administradores del misterio del amor de Dios por nosotros en Jesucristo.

Él conoce las historias personales de la gente, sus fortalezas y debilidades, sus destinos; él tiene un propósito en mente para cada uno. Este propósito es la vocación individual... Cada vida humana, cada vocación personal, es única. Refractada a través del prisma de innumerables vocaciones individuales, esta forma de vida encarna y expresa la única misión de Cristo: hacer la voluntad de Dios, proclamar la Buena Nueva de salvación, sanar a los afligidos, cuidar a las hermanas y hermanos, dar vida – vida plena – como lo hizo Jesús. (SDR, 13–14)



Listo para ser cambiado para siempre

Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto.

¿Te has dado cuenta que las personas en la Sagrada Escritura a menudo se encuentran con Dios en una montaña?

Dios reconoció la fidelidad de Abraham en su disposición a sacrificar a su hijo Isaac en una montaña. Moisés encontró a Dios en la zarza ardiente en una montaña, y fue

en una montaña donde recibió los Diez Mandamientos. Jesús llevó a Pedro, Santiago y Juan a una montaña, y allí, lo vieron transfigurado, mostrando su gloria en un poderoso momento de la presencia de Dios. En todos estos relatos, la montaña representa el lugar donde la tierra y el cielo se encuentran, donde las personas pueden encontrar la presencia amorosa y poderosa de Dios.

En su pasión, muerte y resurrección, Jesús “extendió sus brazos entre el cielo y la tierra”, eliminando toda separación entre Dios y la humanidad.

Experimentamos esto más profundamente en la Eucaristía, en la que se nos ofrece el Cuerpo y la Sangre de Cristo, somos formados y transformados, fortalecidos para vivir como el pueblo de Cristo en el mundo.

Los apóstoles que vieron a Jesús transfigurado en el monte nunca fueron los mismos. Posteriormente recordaron su experiencia, y al contarla, sentimos su asombro, la maravilla que sintieron en este encuentro sagrado.

Conforme escuchamos su historia, podríamos preguntarnos si estamos listos para ser cambiados para siempre por nuestro encuentro con el amor de Dios a través de Jesucristo en la Eucaristía. ¿Estamos llenos de asombro y maravilla? ¿Estamos preparados para ser transfigurados, formados por Cristo más profundamente? ¿Estamos listos para aceptar el llamado de la pasión, muerte, resurrección y vida de Cristo?